

Rey

MÓNICA RODRÍGUEZ

Ilustraciones de Ángel Trigo



PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA
INFANTIL



Rey

PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL

MÓNICA RODRÍGUEZ

Rey

Ilustraciones de Ángel Trigo

PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL

edebé

Obra ganadora del Premio Edebé de Literatura Infantil según el fallo del Jurado formado por: Teresa Colomer, Ángeles González-Sinde, Antonio Iturbe, Roberto Santiago y Vicenç Villatoro. Actuó como Secretaria del Jurado la Sra. Conchi Marín.

© Texto: Mónica Rodríguez, 2022

© Ilustraciones: Ángel Trigo, 2022

Representado por Tormenta - www.tormentalibros.com

© Ed. Cast.: Edebé, 2022

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Coordinación de Producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de la colección: Book & Look

Primera edición, marzo 2022

ISBN: 978-84-683-5610-5

Depósito legal: B. 2201-2022

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A los que viven en la calle
sin el hogar de otros ojos donde refugiarse.*

Índice

Capítulo uno	9
Capítulo dos	19
Capítulo tres	27
Capítulo cuatro	37
Capítulo cinco	43
Capítulo seis	49
Capítulo siete	53
Capítulo ocho	59
Capítulo nueve	65
Capítulo diez	71
Capítulo once	83
Capítulo doce	89
Capítulo trece	93
Capítulo catorce	101
Capítulo quince	109
Capítulo dieciséis	115
Capítulo diecisiete	121

Capítulo dieciocho	125
Capítulo diecinueve	133
Capítulo veinte	139
Capítulo veintiuno	143
Capítulo veintidós	151
Capítulo veintitrés	157
Apéndice	163

Capítulo uno

Los días buenos su madre le llamaba Rey.
—¿Dónde está mi rey?

En los días malos, no. En los días malos su voz se volvía resbaladiza, levemente gangosa, y hablaba a gritos. Sí, gritaba muy fuerte y, a veces, también lloraba. Gimoteaba y tropezaba con los muebles. Sus mejillas se llenaban de venas rojas, sus ojos brillaban. Él odiaba ese brillo de los ojos. Después, al día siguiente, estaba insoportable. Le dolía la cabeza, el aliento le apestaba. Pero el niño la prefería así, echada en el sofá, con una mano sobre los ojos, pálida y ojerosa, exhalando aquel olor acre. Un olor que asfixiaba, pero que era mejor que el delirio de los días malos. Él le ponía un paño en la frente, le traía agua. Mucha agua. Siempre tenía sed. Entonces su madre

le pedía perdón y le prometía que no volvería a portarse de aquella manera. Le rogaba que escondiera las botellas. Pero él era muy pequeño y no se le ocurrían nuevos lugares donde esconderlas. Ella siempre las encontraba. Y si no lo hacía, era peor. Le acusaba por haberlas escondido.

Un día el niño cogió una de esas botellas y bebió. Sabía a rayos, pero no le importó. Le escocía la garganta. Era peor que comerse un limón. Después él también se tambaleaba y no podía pensar con claridad. Ese día estuvo más triste que otros. Aunque en general no podía quejarse. Comían y veían la televisión. No todo estaba tan mal. Su vida no era un infierno, como ella gritaba a veces.

El verdadero infierno entró una mañana por la puerta de la mano de su madre. Ella estaba espléndida. Le brillaban los ojos. No como en esas ocasiones en que todo acababa yéndose al traste. Le brillaban de verdad, con ilusión, y se dio cuenta de lo guapa que era.



—Mi rey, ven aquí, te quiero presentar a alguien especial.

Desde el principio no le había gustado. Tal vez fuera a causa de esa sonrisa ladeada, de esos párpados medio cerrados. O por culpa de su tamaño. Porque aquel hombre era enorme. Y compacto, como un *rottweiler* o un *pitbull*. Tenía el cuello ancho y musculoso y las extremidades tan robustas que estaba obligado a mantenerlas un poco abiertas. Con aquellos brazos lo agarró y lo subió muy alto. Desde allá arriba, se quedó frente a frente, con su cara de mejillas abombadas y nariz rota. Las piernas del niño colgaban en el aire. Aquellos dedos apretados en sus brazos le hacían daño. Entonces el hombre acercó su nariz hasta casi tocar la suya y el niño lo olió. Conocía muy bien aquel olor. Ácido, denso. También vio sus mejillas llenas de venitas rojas, como las de su madre. Aunque deseaba que le bajara, no se atrevía a mover las piernas ni a pedírselo. Sus ojos lo retenían con más fuerza que los brazos. Eran oscuros, brillantes,

separados y bien descendidos en la base de la frente. Aquellos ojos le parecieron animales.

—Tú y yo vamos a llevarnos muy bien, chaval —gritó el hombre.

Él tuvo que cerrar muy fuerte los párpados. Aquella frase le había golpeado con su olor repugnante. Era un escupitajo, chorreaba por sus mejillas. Al hombre no debió de gustarle su gesto y aflojó las manos. El niño cayó al suelo. Vaciló, se hincó de rodillas mientras el hombre reía.

Ulric.

Ese era su nombre. Y ese nombre nunca lo olvidaría. Incluso cuando dejó de recordarlo todo, ese nombre seguía clavado en su memoria de niño. Solo oírlo le hacía tiritar.

Supo que las cosas no irían bien. Pero su madre sonreía radiante. Decía que con Ulric estarían más protegidos. Ulric era policía.

Al principio solo se portaba mal con él. Cuando estaban a solas, posaba una mano sobre sus hombros.

—¿Qué pasa, chaval? —decía—. ¿Te doy miedo?

Y luego se reía, apoyando muy fuerte aquella mano. Al niño le dolía esa mano. A veces le daba un puñetazo.

—Es solo un juego. ¿O es que eres tan blandengue que no aguantas ni un golpe?

Aguantaba. Apretaba la mandíbula muy fuerte y no lloraba. No delante de él. Sabía que eso sería peor. Él lloraba después, en su cuarto. Cogió la costumbre de hacerlo debajo de la cama para que no lo encontrara Ulric. A veces escuchaba abrirse la puerta y veía sus piernas, con calcetines gruesos y aquellos zapatos cuadrados que aporreaban el piso y recorrían el cuarto, arrastrándose un poco. Él no se movía, pero su corazón golpeaba tan fuerte que tenía miedo de que el hombre lo oyera.

Un día se atrevió a decírselo a su madre.

—Estábamos mejor sin él.

Entonces ella se enojó de verdad.

—¡Qué egoísta eres! ¿Es que no quieres que sea feliz?

Aquella noche llegaron los dos muy tarde.

Al principio gritaban y cantaban. Después escuchó el estruendo. Golpes, muebles moviéndose. Pero él estaba debajo de la cama. Miraba las lamas de madera y trataba de pensar en algo bonito. En su madre cuando le llamaba Rey. En los programas de la televisión. Pensaba en el planeta de color blanco donde vivía Daya, con su amigo invisible. Tal vez algún día podría ir a aquel planeta de dibujos animados que salía en la televisión. Seguramente allí no había botellas. O si las había, estaban tan bien escondidas que nadie las encontraba.

Eso pasó muchas otras veces. Ahora su madre usaba gafas oscuras. En ocasiones temblaba delante de Ulric. «Ya se ha dado cuenta», pensó. «Ya sabe que estamos mejor los dos solos». Cuando se lo dijo de nuevo, ella volvió a enfurecerse. Temblaba, temblaba mucho y lo sacudió. Zarandeó al niño con todas sus fuerzas y después se arrepintió y se puso a llorar. Él la consoló y estaban así, abrazados, cuando todo se oscureció de golpe y

cambió el aire: olía a Ulric. Sintió tanto miedo que se hizo pis encima. No pudo evitarlo. No quería, pero había notado aquella presión y luego el calor y la humedad, como un río des-parramándose solo. Entonces una manaza lo alzó, lo sacudió y salió volando. Chocó contra la pared.

—Ahora resulta que quieres más a ese mocoso que a mí —gritaba el hombre lleno de furia.

Era tan grande que el niño solo veía su espalda y el brazo levantándose, con el redondel de sudor de la camiseta y el bíceps, gigantesco, de toro. Como un toro también resollaba. La voz de su madre le llegó casi inaudible. Le pareció un trozo de cuerda rota, colgada del aire.

—Cómo lo voy a querer más que a ti.

Y después su sollozo, suave, agudo. Tan diminuto que apetecía levantarlo y llevarlo en los brazos y acunarlo. Rompía el corazón. Ahora el gigante estaba a su lado y la acariciaba, le decía palabras tiernas, la besuquea-

ba. Sin embargo, ella no se movía, solo gemía mirando hacia el niño, que seguía acurrucado contra la pared, con los pantalones mojados. Él supo que no lo veía. Que los ojos de su madre estaban muy lejos, que se extraviaban en algún lugar donde él jamás podría llegar. Muy despacio, se levantó. Mientras se limpiaba y cambiaba de ropa, escuchó el tintinear de los vasos y algunas risas flojas, un murmullo suave. Entonces el niño abrió la ventana, miró la cama donde tantas horas había pasado escondido bajo el somier, y saltó.

Era de noche, hacía frío y nevaba.

